

Carta-prólogo,
por Enrique Molina

Acabo de terminar *El viajero de Agartha*. Ha durado **un** tiempo que no puedo precisar cronológicamente. **Quizá** han sido unas horas en la noche, entre las dos **y** las cuatro, en medio de un silencio atronador. **Qui-
zá** han sido años y años, sobresaltos, ansiedades, **es-
peranzas** desesperadas, revelaciones, pistas **insospe-
chadas** descubiertas de pronto, montañas, nómades, **íntimos** estremecimientos provocados por **situacio-
nes** que de alguna manera oscura y remota **provoca-
ban** en uno una inquietud extraña. Se avanzaba entre **los** vericuetos, en el torbellino de una aventura **fasci-
nante**. El peligro, la incertidumbre, la permanente **sensación** del acoso, de la persecución, el ahogado, **incesante** aullido de la jauría, las trompas de caza, **ciertas** difusas apariciones de mujeres, sacerdotisas o **demonias** —como toda mujer. Lugares exóticos, **gran-
des** travesías, personajes de poder. ¿Son hombres o **apariencias** humanas proyectadas por los magos y **por** poderes desconocidos? El viaje ha sido largo, **excitante**. Hoy ha concluido en una tormenta de arena, **en** la terrible realidad de una sed que nada va a **cal-
mar**. Y ese aullido de camellos, esos espejismos de la **Puerta**, ese último desenlace de la nada.

A lo largo de la travesía algo llamaba desde mi infancia, como una resonancia paralela perdida,

que no terminaba de hacerse lúcida pero que insistía desde lo profundo por revelarse a mi conciencia. El mismo exaltado sentido de la aventura, de la lealtad, del coraje. Esos caminos eran también una reminiscencia. Ya había ido por esas estepas y entre esas tribus, ya había seguido los pasos, el estremeceador itinerario de alguien poseedor de una voluntad invencible y lanzado a una empresa solitaria cuyo final se confundía con su destino. Cuando te hablé aún no había recuperado esa experiencia olvidada. Al terminar el viaje a Agartha, de pronto, todo se me aclaró. Walther Werner era Miguel Strogoff. Los dos cumplían una misión secreta de cuyo éxito dependía el triunfo o la ruina de un imperio. Uno era el correo secreto del Zar, el otro el agente secreto de Hitler. De niño, con una ansiedad cada vez en aumento, había seguido la ruta de Miguel Strogoff. En uno de estos dos últimos años de mi vida, con la misma trascendente ansiedad, fui en la ruta junto a Walther Werner. El correo del Zar iba de Moscú a Irkutsk, a través de una Siberia invadida por los tártaros. ¡Los tártaros! Es decir, la rebeldía y la invasión, desde el fondo del Asia, contra la razón y los dioses europeos. Werner va más allá de Irkutsk, hasta el Tíbet, hasta el centro de los poderes espirituales secretos, ocultos en lo inenarrable. Ambos afrontan mil peligros en cada etapa. Para Strogoff los tártaros son la barbarie, lo primordial, el vitalismo pánico que su civilización debe aplastar. Para Werner son los custodios de una verdad sobrehumana. Él es un correo secreto metafísico, el otro un mensajero de un poder autócrata. Strogoff, curiosamente,

queda ciego en el camino y al final ve la luz. ¿Pero qué luz? Werner (a cada rato estoy a punto de escribir Werther), en cambio, a pesar de sus prismáticos, tal vez no ha visto más que fantasmas en su viaje. Al final no verá tampoco la luz, pero llega a compenetrarse, aun en el último instante de su vida, de que más allá de su alcance existe una luz total cuya sola intuición lo exalta al borde de la muerte.

Me ha fascinado esa aparición, en el idioma con que pido papas en el mercado o escucho una oración, de tantas palabras exóticas, pertenecientes a la lengua de los ángeles y los demonios, que se intercalan y brillan allí como fuegos de otra raza o talismanes incrustados en una sintaxis natal. Yo también estoy en poder de una *tulpa*. Antes era apenas una súcuba. Ahora es una Alquimista, con poderes, te hace levitar, te invade, es necesario no ceder a sus magias y someterse a ellas indefinidamente para librar tu alma. Pero quizá uno lo que quiere es perder su alma, es decir, que no se separe del cuerpo, de la tierra, de la combustión de la materia y el sueño.

Adivino o presiento que tú eres un iniciado, un hombre que busca. Algo de eso me dice la expresión tan particular de tus ojos. Siempre pienso que eres medio brujo. A lo largo del viaje, Gurdjieff le sopla a Werner palabras hechizadas. También he tenido la emoción de volver a encontrar a esos viejos conocidos: el general Haushofer y Abdullah. *El viajero de Agartha* –intuyo– es un libro en clave. Allí se revelan para ciertos lectores a través de la alucinante búsqueda de Agartha, la fuente de la mano derecha, algunas ideas o “fragmentos de una enseñanza desconocida”,

que están latentes o vivas en el pensamiento esotérico que todos los super-markets y los fascinantes *porno-shops* no lograrán nunca detener.

Es curioso, en la contratapa se habla de una metáfora “reveladora de fracaso de la ideología nazi”. Pero a lo largo de toda la narración –claro que es Werner quien habla– el lector se siente de alguna manera identificado con su personaje, que ni siquiera es un anti-héroe, sino un héroe que, a pesar de su adhesión al nazismo, creo que despierta una plena afinidad. No es un traidor, un verdugo, un malvado representante del mal, sino un iluminado, o más bien, un encandilado. Por otra parte, no deja de ser inquietante agregar un elemento trascendente al nazismo, más allá de todo su horror inmediato, su vinculación con el ocultismo. Walther Werner llevaba en su travesía los poemas de Hölderlin. Su destino ya había sido previsto por ese ángel alemán: *El poeta es el que corre hacia la catástrofe*.